

Discurso del Dr. Juan B. Terán



Ofreciendo a las Hermanas Dominicas el homenaje de la sociedad y pueblo de Tucumán a la Rvda. Madre Dominga del Santísimo Sacramento Paz Gallo en Centenario de su natalicio.

Tiene Derecho Tucumán a ostentar como un galardón en el recuerdo de esta vida, que hace hoy un siglo, naciera en la aldea que fue nuestra ciudad.

Los tiempos eran duros, lo eran desde hacía veinte años, seguirán siéndolo otros tantos.

¿Qué augurios de felicidad en la tierra podían traer las hadas a la cuna recién tendida?

Quizás al día siguiente, él padre debía escapar al destierro y quedar la madre en la angustia del porvenir sombrío.

¿Qué nuevo amo de vidas y haciendas habría aquel año, o aquel día mismo?

Acababa de condenarse a muerte a los autores de una conspiración descubierta en

el punto de estallar. Estaba fresco el recuerdo de la última terrible invasión de Quiroga.

Desde la huerta de la casa solariega de Elmina Paz podía oírse claramente la voz de ¡fuego! De un capitán al frente de los tiradores que en el baldío vecino al viejo cabildo fusilaban a los conspiradores tomados prisioneros en Monte grande, Entre quienes se hallaba un antiguo gobernador.

Al toque del <<ángelus>> se cerraban las puertas, y con las primeras sombras, al pie de una imagen de la Virgen, se reunía la familia y la fiel servidumbre en el rezo en común. Con qué fervor oraban por los ausentes y proscriptos, hermanos, primos, cuyo paradero y cuya suerte ignoraban, por los que morían en la guerra, para que la guerra tuviese fin, por la salud de los padres, por el alma de los abuelos, por la paz de los pueblos.

Era un desahogo de esos tiempos crueles la tertulia familiar. La larga familia materna de la pequeña Elmina, se distribuía en un espacioso solar de la actual manzana de vuestro Colegio Santa Rosa. Comunicábanse las casas por las huertas, y reuníanse los parientes en la sala de una de ellas, en las primeras horas de la tarde. No comprendería pero adivinaba con la intuición de los niños, todo lo que encerraban las medias palabras de los mayores, los gestos contenidos, los rostros apesadumbrados.

Más tarde ya podía asistir ella misma a las reuniones, sentada en el escabel de la abuela, a los pies de la madre, pendiente de sus ojos. Tales fueron las primeras experiencias que recibía su

alma en flor herida tan tempranamente por esa imagen de la vida rondada por acechanzas y terrores.

Esa atmósfera de inseguridad y de pena permanente, en que se esperaba y llegaba la visita de la pobreza o la miseria, parece ser el clima para las virtudes difíciles y raras.

La mujer ponía beleño a las pasiones, intercedía por un perseguido, rendía a veces un implacable encono, salvaba una vida del cadalso. Florecían así en la tierra emponzoñada por las luchas, la abnegación, la prudencia y la dulzura de las madres de las esposas y de las hijas, es decir las flores más preciosas del corazón, que como las flores más delicadas de invernáculo, parecen necesitar el abono de los residuos y las heces. Y cuando la pobreza y la miseria venían, esas virtudes, esas Marías, se hicieron Martas, y el ingenio, la economía, la previsión, meticulosa llenaban la escasez de los hogares con el abundante pan de la modestía contenta y la más abundante paz de la buena conciencia.

¿cuáles podían ser los esparcimientos de los niños en esa época? Las impresiones de una sociedad trastornada por la guerra sobretudo cuando son recibidas en la infancia, tiñen de tristeza la vida. El esplendor de la naturaleza tucumana, que la niña Elmina conocía por sus visitas en el campo durante el invierno como era la costumbre de esa época, y en las quintas de los alrededores en verano, hacía más honda, por contraste, esa melancolía. Lo que más atraía la curiosidad infantil en la aldea eran las fiestas religiosas, único refugio para los espíritus removidos terriblemente.

Contábase entre los primeros recuerdos de infancia de vuestra madre el recibimiento del Obispo Molina, el primer vecino de Tucumán que llegaba a la dignidad de la mitra. Vivía en su propio barrio. La aldea parecía más grande y más noble hospedando este personaje ilustre, uno de los secretarios del Congreso del 16. Fue un acontecimiento inolvidable su llegada procesional a Tucumán, después de su consagración en Córdoba. Su alta silueta cenecia, su rostro anguloso y grave, su mirada que no sentía la fatiga de los muchos años que presidía un séquito de sacerdotes seculares, de monjes y de pueblo desfilando por la plaza hacía la Iglesia Matriz. Iba entre ellos el amigo y consejero de la familia de Elmina, su tío el doctor Miguel Ignacio Alurralde. Hubo miradas que se fijaron en un joven, ya tonsurado a pesar de su corta edad, Miguel Moisés Aráoz, vistiendo hábito de dominico. No se equivocaron quienes presentían en él al futuro obispo de Berissa.

Orgullosa Tucumán de su Congreso del 16, orgullosa de la predilección de Belgrano, adquirió una nueva dignidad teniendo por primera vez en su seno a un obispo que era su hijo. Les pareció a nuestros abuelos no estar tan desamparados en las invasiones y los saqueos cuando había en la ciudad quien llevara sobre los hombros la capa violeta de los obispos.

Era ya moza cuando la sociedad de Tucumán se empeñó en realizar el proyecto de la Iglesia Matriz del ingeniero Etcheberry, cuya construcción administra uno de sus tios. Todo Tucumán se puso a la obra. Tiene el episodio un semblante bíblico. Los artesanos ponen su maestría, los pobres sus brazos, unos ladrillos, otros cal y arena, otros carretas y bestias para el transporte, que traen piedras escogidas de los ríos del sud, o bajan desde las faldas del monte, trozos de fino nogal o de duro cedro para el techo y las puertas del templo. Como las catedrales de la Edad Media de Francia, la Iglesia Matriz de Tucumán encierra en sus muros el sudor cordial de sus hijos. Fue un canto coral de esperanzas y de votos íntimos. Las mujeres rivalizaban en el afán de estimularlos, y en bordar los primeros paños sagrados de los nuevos altares.

En ellas puso vuestra fundadora sus manos infantiles.

Una vez concluída la fábrica, para su jubilosa inauguración vino a predicar un monje de Catamarca, que no tenía aún treinta años. Se llamaba fray Mamerto Esquiú.

Fué aún conmoción profunda la que produjo. Su palabra llenó de elocuencia el alma de sus oyentes por el resto de sus días. El monje explicó cómo del dogma cristiano surgía la solidaridad humana en el bien, en el color, en el destino inmortal de las generaciones que vienen en caravanas a postrarse bajo las bóvedas sagradas ante Dios, presente en la Eucaristía. Los tucumanos comprendieron como habían edificado un monumento mucho más alto que las torres audaces de que estaban tan orgullosos y la joven Elmina vió alzarse en su corazón la grandeza del destino de quien se consagrara a trabajar por la solidaridad con el dolor de sus semejantes.

Había llegado Caseros. Los tiempos son mejores. La guerra no ha cesado del todo, pero comienzan a brotar las promesas de la revolución. La sociabilidad despierta, los odios hacen armisticio. Don Marcos Paz ha llamado a la mujer tucumana a colaborar en el gobierno, encargada de la beneficencia pública, y pone a su frente a Doña Dorotea Terán de Paz, madre de vuestra fundadora, quien acababa de construir su hogar uniéndose a don Napoleón Gallo.

Se cierra la primera etapa de su vida: sus 24 años de niña y comienza la etapa de 27 años de esposa y de madre.

Son los años en que maduran las condiciones que habían revelado ya su naturaleza elegida, la dulzura de su carácter, su llano afecto, su simpatía espontánea, el candor y la humildad con que abría la puerta de los corazones.

Tales cualidades la revisten de un encanto y un influjo que se siente entre los suyos, en los círculos sociales, en cuantas personas se le acercan.

De su mansedumbre, su bondad, le viene el don de acordar voluntades, de suavizar enconos, tener siempre palabras eficaces de concordia. Ejercita esas virtudes alrededor de su esposo, que es hombre de gran predicamento, caudillo de un partido. Entretanto secunda a su madre en la tarea de hacer el bien a pobres y enfermos.

La cruel pérdida de su única hija, muerta a los tres años de edad, en vez de quebrantar puso alas y dio más fervor a su filantropía.

Estos largos años son ejercicio constante, de cultivo, de madurez de virtudes. El destino que dará después a su vida no será, pues, el fruto de una improvisación juvenil. No abandonara el mundo quien ignoraba sus atracciones turbadoras, sino quien tenía la experiencia de haberlas visto de cerca y conocido su engañoso dulzor.

Llega vuestra fundadora al tercer período de su vida: comienzan los veinticinco años de su vida religiosa.

No ha transcurrido un año de viudedad, y la secreta vocación que hizo la hija y la esposa admirables y la dama piadosa, se transforma y agiganta como un fuego soplado por el viento. El espectáculo de la terrible epidemia de 1887 que deja huérfanos a millares de niños ha provocado la aparición de la monja. Comienza por recogerlos junto a sí en su propio hogar y poco tiempo después acompañada de otras mujeres piadosas – algunas de las cuales viven todavía sirviendo su apostolado – tocadas como ella por la gracia de Dios, toman el hábito de Santo Domingo, y se enclaustran en esta casa. Ha quedado fundada la Congregación Argentina

de Hermanas Domínicas. Ha nacido la madre Elmina, los niños desamparados han encontrado un hogar y la fundadora que perdió una hija tiene una caravana de hijos, renovada sin cesar.

Para tener ese privilegio ha entregado a su ideal su vida y su fortuna, todo lo que es, todo lo que puede ser.

En los cimientos de esta fundación, en la historia heroica de la fundadora hay un personaje de influencia decisiva. Es la de un admirable director de conciencias, suave y profundo, humilde y sabio, que pertenece a la familia intelectual del autor de la *Introducción a la vida devota*. Evoco con emoción el recuerdo del padre Boisdrón. Qué delicado arte el suyo para penetrar con su doctrina, sin turbar y sin herir! Qué maestría sutil para reportar frutos de convicción y de catequesis con semillas invisibles. Eran sus palabras corteses, insinuantes, pero qué seguridad en su doctrina, qué hondura de ciencia!

Tenía absoluta confianza en que lo único necesario era que los enemigos o los tibios no rehuyeran el contacto con la enseñanza de Cristo. Ese contacto concluiría infaliblemente por conquistar las almas. Todavía están floreciendo en mi espíritu, después de tantos años, las palabras y enseñanzas que, a Dios gracias, tuve la fortuna de recibir de sus labios.

Fue el padre Boisdrón quien orientó la vocación de madre Elmina y contribuyó en primer término a darle el sentido social inmenso que latía en el corazón de esta llamada por el Señor.

Delo que vino después somos todos testigos. ¿Qué tucumano, hombre de la ciudad o del campo, ignora la obra de las Hermanas Domínicas?

Se multiplica por el país, su prestigio se difunde, alcanza la aprobación suprema del pontífice, se rodea de la gratitud y de la admiración del pueblo.

Es un nuevo testimonio, de la maravilla diaria que se cumple en toda la redondez del globo, por obra de la dulzura heroica de las voluntades entregadas al bien de los hombres por amor a Dios.

No puede negarse todo observador de buena fe a reconocer en esas voluntades la fuerza mayor que nos sea dado encontrar en el seno de la vida. Qué descubrimiento científico, qué creación de arte, que audacia de concepción militar o política qué perfeccionamiento técnico ha igualado no solamente en belleza, sino en dinamismo y en fruto (lo que reclamais vosotros señores realistas), a lo que es capaz de realizar un alma que ha renunciado al mundo para encenderse en la llama del amor divino?

Son almas que se rehúsan a todos los acicates, que abandonan todas las fortunas, con la llaneza, con la naturalidad con que un árbol pierde sus hojas y las flores sus galas.

Ignoradas y alegres, sin desdén y sin alarde, luminosas de candor soportan todas las fatigas y mitigan todos los dolores en nombre de la gloria sin fin que ha de venirles cuando la vida dolorosa y amada que vivimos dé paso a la vida plena, a la vida verdadera para la que nacemos el día en que morimos.

Con la madre Elmina, Tucumán enriquece su panteón de hijos ilustres; al lado de sus héroes civiles y militares la figura de esta heroína de la virtud. No estará completa la galería de nuestras glorias, no mostraremos lo mejor de nuestra estirpe y de nuestro espíritu si se excluye esta expresión de la humanidad.

Como figura histórica de Tucumán, tiene la madre Elmina una significación clara. Veo en ella la síntesis purificada, acrisolada, idealizada de las virtudes de sus hogares.

El sacrificio sufrido entre mudas congojas, de las madres, de las esposas, y de las hijas durante la época ruda de la anarquía y del depotismo que ella alcanzó a vivir, la piedad que ellas ponían en el choque tremendo de las pasiones políticas, el fluir interminable de su ternura, de su prudencia, de su discreción, las hazañas de su pudor, se concentran y se embellecen en el apostolado de la madre Elmina.

Vea la mujer tucumana en esta monja que fue niña del mundo, esposa y madre una que le pertenece y que la protege. Vea en ella una bendición de Dios para Tucumán, una compensación a los dolores sabrellevados por sus antepasados.

El acto de hoy es el reconocimiento de Tucumán a la gracia que con ella le ha sido concedida. Al glorificar esta discípula de Cristo, eleva un *Tedeum laudamus*, una alabanza a Quien le otorgó el don excepcional de contarla como hija y poder seguir contando por años perdurables con el tesoro de su huella la sugestión de su vida y de su ideal salvador.

Quede aquí esta piedra inscripta por el corazón de Tucumán con nobles palabras como signo de su ambición de no ser tenida como desdeñosa de su pasado, indiferente a la grandeza de sus hijos, como testimonio de su amor por la virtud y de sus votos por un porvenir cristiano, cada día más brillante y más puro.

Libro Centenario del Nacimiento 1933

Páginas 57 - 83